

*DEL DIALOGO QUE PASO ENTRE  
ROCINANTE Y EL BUEN RUCIO*

**R**UCIO.—Paréceme, Rocinante, que os veo los últimos días mohino y cabizbajo y como si tuviérais plomo en las patas, que no parece sino que para moverse una, hubiera que pedir licencia a las demás y éstas hubieran de concederla por vía de despachador de la Corte, los cuales, como sabéis, gandules son como trillos. No alcanzo yo a comprender vuestras razones, pero por bien tengo que, puesto que compañeros nos ha hecho este nuestro destino, amén de otras venturas, de vagar juntos y compartir la fresca y olorosa yerba de estos campos manchegos, (aunque no compartamos el peso que sobre nuestros lomos se asienta, en la cual cosa llevo yo la peor, o cuando menos, la mayor parte) no estará de más que demande acerca de vuestro malhumorado talante.

ROCINANTE.—¿Pues qué otro, Rucio, podría tener yo? No otra cosa que desgracias y descalabros hemos acaparado desde que a este mezquino de Don Alonso, que en mala hora llamaron "el bueno", le pasó por las mientes la locura de lanzarse a los campos sobre mis lomos para lidiar molinos, acometer rebaños, libertar a los hijos de mala madre que en buena hora apresó justicia y oros tantos y tan grandes desaguizados. No por bueno tengo yo a este destino nuestro que decís que ha tenido a bien unirnos para compartir los miserables rastros y endiabladas ortigas de estos campos tan yermos y ralos como las posaderas de un mico, o los espaldarazos en tierra, las pedradas en los hijares o los trotes sin fuste, para los que mis huesos ya no son hábiles ni



capaces, sino es que se entrechocan entre sí haciendo ruido como del engranaje de alguna diabólica máquina que persiguiera a los mortales, cuando, a buenas veras, lo que hace es huir de algún apaleamiento.

Bien es verdad que sólo echamos de ver las cosas y las apreciamos en su justa tasa, cuando no las habemos; que no pasa día ni noche en que no recuerde y me mate por volver a aquella cuadra de mis pecados, que llegué a aborrecer así por lo caliente que era en verano, como por el frío que en invierno se aposentaba en ella y que no había modo de arrojar ni por exorcismo. Mas no echaba yo en falta mis dos arrobas de paja diarias, ni los capazos de pienso que por los pelos llegaban, pero llegaban, para sustento de mis cueros, que algo más duros están ya de lo que yo quisiera. No otra cosa que sosiego y comidas a su hora, bien sea que frugales, es lo que ellos apetecen; ¡por Dios vivo, que buena porción de la poca y mala vida que me ha de quedar, diera yo norabuena por encontrarme de nuevo en mis pesebres, que tumba son la mitad del año y horno la otra!

RUCIO.—¡Pardiez, Rocinante, que no alcanzo yo a comprender de cómo ni dónde se saca que los caballos de la vuestra casta briosos son, audaces y ligeros como el viento! Que sin duda, aquellos que sustentaron y hasta hicieron posibles las hazañas de todos aquestos brillantes caballeros que vuestro amo lleva siempre en la boca, de muy diversa calaña que la vuestra eran.

¿Pues no me veis a mí, animoso y desembarazado, correr y trotar estos campos de Dios, que a no llevar encima a este cazarro de Sancho, con un centauro me confundieran? Por buena ventura de la Providencia tengo yo el que los cielos tuvieran a bien revelar al bueno de Don Quijote el destino para el que naturaleza reservaba sus altos pensamientos y que permitiéme a mí, otrora pobre y desgachado jumento, dejar por bien abandonadas así las aguaderas como los jarpile, que, con sus llantos las unas y la mella de los otros sobre mis costillas, no hacían sino envilecer mis lomos, ya de por sí, poco ennoblecidas por la condición de su nacimiento. Así pues, no puedo por menos que alegrarme sobremanera por la dicha de haberme tocado a mí, entre otros mil, la ventura de acompañar en su noble y esclarecido fin a vuestro notable jinete, siquiera sea llevando yo por tal a éste rufián de Sancho, pozo de toda ignorancia y andante alacena de cualquiera cosa que meterse pueda entre pecho y espalda.

ROCINANTE.—Bien suelen decir los hombres que, entre ellos, ninguno hay que se muestre satisfecho y venturoso de lo que tiene, sino, antes bien, todos son envidiosos de lo que no tienen y deseosos de aquello para lo que



Fortuna no tuvo a bien disponer sus pasos, que de tal verdad es de donde debe venir el refrán de "dime de qué te jactas y te diré qué no eres"...

RUCIO.—Refranero salís, como mi jinete...

ROCINANTE.—No os pese que así sea, que los refranes auténticas y doctas verdades son, por lo cual, tengo yo por discreto y sagaz al bueno de Sancho, que ignaro y barrigudo será, como vos decís, mas, cuando menos, tiene los pies en el suelo y me huelgo de aun no le haber visto confundir molinos con gigantes, ni rebaños con ejércitos; si bien, por el camino que llevamos, no me extrañara mucho que, dentro de poco, tan lunático esté como el que de ella parece haber bajado; que todo se allega a contagiarse menos la fermosura.

Y, cuanto a vos, ilustre zopenco, mismamente ocurre con vos que con los hombres, que llevando más peso del que pudiérais soportar y no siendo éste precisamente de flores, creer habéis que sois el mismo Babiaca y hasta hipogrifo tonante, queriendo, como ellos, ser lo que no sois y alcanzar aquello que no está reservado para el vuestro linaje. Por bien doy que los hombres tan necios sean que no hayan tiento en usar de mondadienes con el estómago vacío a la puerta de su casa, pero no ha de ser la mi menda quien les siga en semejante ejercicio.

Juraré yo a Dios que así ocurre que, puesto que os hizo jumento, alzáis queréis ser, como con mi amo, que, seco y amojamado fue servido de hacerle y con más huesos que saca de aceitunas, y en vigoroso y compuesto caballero quiere erigirse.

RUCIO.—Mirad, amigo Rocinante, que a mi razón se allega el que pobre y mal compuesto es vuestro conocimiento acerca de la naturaleza de los hombres, que, hasta ahora no había hecho yo reparo en esto; mas paréceme que algo más versado soy yo que vos en tal materia. Que quizá pueda haber en esto su parte el que yo, como bajo y ruin jumento, más hecho que vos estoy a sus trabajos y más desde cerca conozco sus condiciones; que no hay como los trabajos que sudor arrasan de los cueros ni como los dolores que en carne propia porfían, para conocer las cosas por derecho, debido a lo mucho que sobre ellas cavilamos cuando que más nos topamos los belfos con ellas de día en día.

Bien es cierto que con los mismos pellejos nacen todos los hombres, pero Fortuna se complace en llevarlos por los caminos más diversos y huelga de orientar éstos hacia los más dispares y opuestos fines. Ya por el hecho sólo de nacer al mundo, distinta divisa lucen los hombres, según los padres



que Providencia tuvo a bien escogerles, (porque es bien cierto: nada les es dado escoger a éstos por la su voluntad) que no escogen familia, ni color del rostro, ni la condición de hombre o mujer; ni su propio nombre, para remeter, pueden escoger a su gusto y contento. Mas sí coinciden éstos en una cosa: y es que el Criador tuvo a bien conceder a cada uno esto que llaman libre albedrío y las potencias para le ejercitar por medio de la voluntad. No se conforman los hombres, por lo general, con aquella traída y llevada "aurea mediocritas", sino que se esfuerzan y toman los mayores trabajos y gran parte de su vida pasan probando de cambiar lo que son o lo que tienen, puesto que no lo escogieron. De manera que sus desvelos son orientados así a desechar la parte de sí que no les gusta, como a elevar la que les viene en agrado. Esta lucha es tanto más fuerte en aquellos hombres que vemos proclives a la demencia y que son de naturaleza melancólicos y se señalan fácilmente entre los demás por lo poco ordinario de su proceder; mas en éste punto, no sabría yo decir si la dicha demencia es causa o consecuencia de la tal lucha. No hay ni un hombre que no encamine los actos de su existencia a sentirse satisfecho y como algo jactancioso de sí mismo; aunque ésto, los sabios y los discretos no gustan de llevarlo por estandarte. Mas sí los necios, que por su misma necedad, rara vez alcanzarán por sus actos alguna cosa digna de loa y cuando ven que no les es dado alcanzarla, echan mano de la vacuidad y ostentación. Y esto también tiene que ver con el refrán que sacásteis a relucir instante ha.

ROCINANTE.—No tengo de dudar de lo que decís, que vuestra filosofía de vestrugazo y vereda larga, tan cierta puede ser como la de Séneca, y si así no lo es, nadie os convenza dello, mas, ¿qué viene esto a pelo de lo que tratamos acerca de las desdichas de mis lomos y mis cascós, por lo ligeros que tiene los suyos éste mi amo, que, a propósito de vuestro discurso, tampoco me fue dado a mí el escoger?

RUCIO.—Pues, dejadme continuar y trataré de dar fin a mi oración antes de que visos de sermón tome y en enojosa perorata se convierta.

Pues que ésta "mediocritas", de la que antes hablé, puede ser "aurea", pero nunca satisfactoria para el que en ella descansa el báculo de sus acciones; de manera que en individuos de poca energía, suele degenerar en apocamiento de espíritu y, más tarde, la rutina deriva en agria disposición y torpe condición de sentimientos. Mas éste adocenamiento, que nunca es acicate de grandes acciones, conduce a éstos que poseen gran energía a estados de ánimo propensos a desgastarla y usar della caminos muy dispares



y que son tenidos vulgarmente como poco juiciosos. Y es así cómo un espíritu enérgico sale de la uniformidad en que se hallaba sumido y, reuniendo todas las fuerzas ahorradas por la falta de acción, las dirige hacia un fin que se acuerde con la condición y calidad de sus pensamientos.

ROCINANTE.—Pues dígovos, señor don Rucio, por mucho que os canséis, que por ningún camino se me allega a mí quitar de las mientes que la locura de éste mi amo, de puro grande, a veces, tan normal nos hace parecer como el ir a misa; mas, tengo yo para mí que tan hirsuta es su demencia y tan rieso le hace mantener que ni le ha de dejar morir como cristiano cabal.

RUCIO.—¿Pues cómo es así?

ROCINANTE.—Tanta y tan grande es su demencia, que la Negra, por no tenerle en sus lares, se ha de negar a llevarle con ella, a no ser que Dios sea servido de sanarle el juicio y devolverle a sus cabaes antes que tal momento llegue.

